

## ***Acercarme a Ferlosio: historia de un diálogo imposible***

Pedro Carrero Eras

"Si no; si ya se sabe; si es  
inútil; ¿a qué va uno a meterse a  
hablar de nada?"

(De *Las semanas del jardín*,  
segunda semana, apéndice II)

No desde ninguna maldad, ni siquiera movido por un leve sentimiento de reproche, intento recomponer la verdadera historia que sigue. La culpa, si es que se puede hablar de ello, es sólo de quien suscribe, consciente desde el primer momento de que el tesón y la porfía, a la hora de acercarse a un escritor, terminando, como en otros asuntos de la vida, sus resultados. De forma que si el diálogo no fue fructífero, como sí lo fue para otros estudiosos o curiosos que consiguieron alguna entrevista o arañaron alguna información, se debió a mi peculiar forma de ser, que prefiere, quizá tanto por discreción como por orgullo, dejar en paz al escritor que no se presta fácilmente al diálogo. Di la batalla por perdida desde el principio, no sin cierta abulia y fastidio: "por descontado, desde luego y además", como dice uno de sus personajes. A fin de cuentas, y aunque suene un poco doctrinal decirlo, su obra, la de las librerías, las bibliotecas y las hemerotecas, siempre estará al alcance de nuestras pecadoras manos.

I. La primera vez que hablé con Ferlosio fue cuando yo, siendo muy joven, escribía una tesina sobre el lenguaje coloquial en *El Jarama*. Estaba, junto con otro amigo, en casa de un compañero de carrera, que presumía de haberle visto alguna vez entrando y saliendo del Ateneo. Charlábamos sobre *El Jarama*, y si sería bueno hablar con Ferlosio, y si vivía en tal calle, y por qué no tomar su número de teléfono de la guía telefónica y llamarle. Que fue lo que hice, y era

domingo por la tarde, y se oyó una voz fría y sin entusiasmo -la suya- al otro lado del teléfono. Le informé sumariamente de mis trabajos, y sólo un breve momento pareció animarse, creo que cuando le hablaba de un personaje de su libro, y dijo algo así como "Sí, oiga, eso que dice usted, sí, es verdad". Le anuncié que pronto iba a aparecer un artículo mío sobre otros aspectos que ya no tenían que ver exclusivamente con lo coloquial, y en el que hacía "por supuesto, un comentario elogioso de la novela" (mi amigo, que estaba siguiendo la conversación, al oír aquello, se llevó las manos a la cabeza). Después le pregunté, inconsciente de mí, si tenía algún trabajo de los que se habían publicado sobre *El Jarama*, y Ferlosio me contestó, con voz cansada, que sólo guardaba las críticas negativas, y que tenía una de un autor extranjero -no recordaba bien el nombre- "metida en algún cajón". En ningún momento me dijo que detestaba *El Jarama*: eso es algo que yo descubriría más tarde.

Tras ese jarro de agua fría, no volví a llamarle más y terminé mi trabajo.

II. Meses más tarde, y después de haber presentado mi tesina, el mismo día del examen, y nada más volver a casa, telefoneé, todo feliz y triunfante, a Rafael Sánchez Ferlosio, para informarle del evento y expresarle mi deseo de poder charlar con él tranquilamente sobre *El Jarama* y sobre otros escritos suyos. No sé si precisé lo de "tranquilamente", pero eso era lo que quería dar a entender con mi llamada: que ahora que ya había pasado todo era el momento de hablar sobre su obra sin que planeara sobre la conversación, al menos de una forma apremiante, el agobio de lo útil y lo práctico. No sé si el autor de *Industrias y andanzas de Alfanhuí* lo entendió de esa manera ni siquiera si me situó y recordó bien la primera llamada. Creo que no, porque, aunque correcto en el límite de la corrección mínimamente exigible, su voz sonó con tanta desgana y sus palabras fueron tan breves y tan poco acogedoras como si el mensaje que llevaran implícito fuera algo así como: "Por favor, aparte de mí ese cáliz". Tampoco en esa ocasión me dijo que de *El Jarama* no quería ni oír mencionarlo.

Así que dejé casi definitivamente arrumbado el tema de una posible entrevista con Ferlosio.

III. En los años siguientes, y mientras publicaba algún trabajo más sobre *El Jarama*, mi vida profesional y social discurría fundamentalmente entre el Seminario de Lexicografía de la Real Academia, el Ateneo y el café Lion. Conocí a personas que conocían a Ferlosio, e incluso alguna vez le vi entrar en el Ateneo, pero nunca me atreví a abordarle. Entonces el autor de *Dientes, pólvora, febrero* ya apenas si iba por el Ateneo. Había quien incluso me mostraba su pupitre en la biblioteca y me decía: "Ahí, justo en ese pupitre, el que tiene el número tal, ahí solía sentarse". Era, para un lector y estudioso de Ferlosio como yo, algo así como seguir su rastro mitológico. Una de las personas que estaba en el grupo de sus amistades era Gustavo Fabra, un ateneísta amable y exquisito, que publicaba artículos de crítica literaria en los periódicos y que moriría pocos años después en un absurdo accidente doméstico. Yo oía hablar a Fabra de Ferlosio, y me sentía como injustamente excluido de un círculo, en el que, por otra parte, tampoco estaba dispuesto a hacer ningún esfuerzo por entrar. Creo que fue de él de quien supe por primera vez la poca simpatía que sentía por *El Jarama* el propio autor de *El Jarama*, con lo cual enseguida empecé a atar algunos cabos.

En una ocasión di a los socios disidentes del Ateneo, con los que me reunía en La Cacharrería, una conferencia sobre *El Jarama*, conferencia en la que puse todo mi entusiasmo y que, al parecer, fue muy bien acogida, pues incluso me vi obligado a prolongarla la semana siguiente, en medio de una gran expectación, como sucedía con cualquier acto que se saliera de los oficiales. En cambio, y según las noticias que me llegaron después a través de otras personas, no fue nada bien recibida por un sujeto que solía armar mucho barullo, que capitaneaba una banda de quinceañeras y al que todos llamaban "Rasputín", probablemente tanto por su maldad como por sus desaliñadas barbas. Era uno de esos especímenes que genera a veces el Ateneo, como si surgiera de su propia tapicería, y que se dedica sistemáticamente a la maledicencia y a torpedear cualquier iniciativa que no esté

dentro de sus planes y para mayor gloria suya. Al parecer, la base de sus razonamientos era que *El Jarama* no merecía ninguna importancia. Y si menciono a este individuo es por lo siguiente: entre los asistentes a mi conferencia estaba también un conocido y orondo novelista al que se se le veía la intención de liderar las tertulias de La Cacharrería. Pues bien: tras deshacerse públicamente en sospechosas alharacas de elogios sobre mi conferencia (e incluso ofrecerme la posibilidad, nunca cumplida, de llevarme a dar una clase sobre el tema a sus alumnos de la Facultad, pues al parecer ejercía también como profesor) un día, en otra reunión, sin previo aviso y delante de todo el mundo, el tal novelista dejó caer lo siguiente: que había hablado con Ferlosio hacía poco y que este le había dicho que si venía al Ateneo y alguien le mencionaba *El Jarama*, **se iba a acordar de su madre**. Ante lo cual, Rasputín, que también estaba presente, soltó una grosera carcajada, gesticuló convulsivamente y señaló hacia mí como si quisiera decirme: "¿Lo ves para qué sirve todo eso?". Yo no quise darme por aludido ni entrar al trapo: a saber lo que dijo Ferlosio y si lo dijo y con qué sentido. Por otra parte, pude bien comprobar que el novelista aspirante a gerifalte era de esas personas que primero te adula y luego te da, cuando menos lo esperas, la puñalada. En cambio, no me sorprendió para nada la reacción de Rasputín. Quede el recuerdo de aquella envenenada escena como un ejemplo más de la mala voluntad que suele prodigarse en ciertos ambientes del Ruedo Ibérico.

IV. Muy distinta era la actitud y la versión de Gustavo Fabra, siempre alejado de cualquier forma de vulgaridad, quien me contó días después que había hablado con Ferlosio de mi conferencia y que este le había escuchado con interés y buena disposición, incluso sorprendido y admirado de lo que Fabra le contaba. Fue Fabra más allá: me propuso asistir a una de las tertulias que Ferlosio celebraba en el Lion, tal día y a tal hora de la noche, con el fin de presentarme. Le expresé mis reparos y dudas al respecto, pero él me convenció. Llegado el día, me acerqué al café, pero Fabra no estaba y no terminaba de llegar, y la espera se hacía eterna. Desde una mesa cercana, veía a Ferlosio disertar en medio de un grupo de

incondicionales. Hablaba, en concreto, sobre países y paisajes del África Occidental y sobre la curva que traza el río Níger, y lo hacía de una forma tan gráfica y pormenorizada que incluso arrancaba comentarios de admiración entre los asistentes. En ningún momento caí en la tentación de acercarme y presentarme yo mismo. Sentía como un círculo invisible que rodeaba a todo el grupo y que me impedía tomar cualquier decisión. El tiempo pasaba y, al final, como poseído de una fatal inapetencia, salí a la calle: justo en ese momento, cuando atravesaba la Cibeles, vi en el otro extremo la sombra de Gustavo que, con su peculiar forma de caminar a saltos, se acercaba al café Lion.

Pero yo ya no tenía ganas de volver sobre mis pasos.

V. La última vez que me topé con nuestro hombre fue muy a finales de los ochenta o a comienzos de esta década, en la confluencia de las calles Raimundo Fernández de Villaverde con Orense. No hacía mucho que le había enviado un libro mío, que contenía un estudio sobre *El Testimonio de Yarfoz*, envío del que no obtuve respuesta. En cuanto descubrí a Ferlosio, sin pensarlo dos veces, y un poco porque quizá llevaba yo el mismo rumbo, le seguí mientras cruzaba dos semáforos. Levantaba él la vista hacia los edificios, como si los viera por primera vez. Creo que ese día se acompañaba de un bastón, pero no estoy muy seguro. Lo que sí recuerdo bien era su andar indeciso: lo mismo podía estar allí como en cualquier otro sitio. Y casi me atrevería a decir que lo que veía, tanto rascacielos, tanto comercio moderno y tanto tráfico rodado, no parecía hacerle muy feliz. Ya en la acera de los pares de la calle Orense se plantó delante de un autoservicio de comida rápida, medio pizzería medio hamburguesería, un "Wendy", hoy desaparecido. Después de un momento de vacilación, y tras mirar, cabeceando ligeramente, el rótulo del establecimiento, entró, y yo entré detrás de él, y me puse a la cola justo a su lado en el mostrador del autoservicio, con mi bandejita. Le oí que pedía un trozo de pizza, y que se extrañaba porque había que pagar por anticipado. "¡Ah! ¿Pero hay que pagar antes?", dijo, con una voz un tanto nasal y aburrida. Así que justo en ese preciso instante, en ese momento en que pagaba y

esperaba la llegada de su trozo de pizza, yo me dirigí a él y le espeté, sin mayores preámbulos, estas palabras: "¿Va a seguir algo al *Testimonio*, al *Testimonio de Yarfoz*?" (naturalmente, hice contracción entre la preposición y el artículo del título, lo que transcribo aquí fielmente). Al oír mi pregunta, Ferlosio volvió ligeramente la cabeza, clavó en mí un ojo inquieto, su ojo derecho, y dijo secamente: "No". Así que él cogió su triángulo de pizza y fue a comérselo de pie, más bien hacia la entrada, semiapoyado en una columna -quizá no se sentó porque mi abordaje le había puesto en guardia-, mientras que yo ocupaba en un rincón una mesa minúscula y me bebía una cerveza. El autor de *El escudo de Jotán* engulló rápidamente lo que sin duda alguna no merecía mayores miramientos gastronómicos, y no sin dejar de dirigir hacia mí, varias veces y puesto que me hallaba en su trayectoria visual, una mirada entre perpleja y tenebrosa. Yo le correspondí, más bien de reojo, ensayando mi mejor expresión grave y distante, para que se quedara bien tranquilo: no me fuera a confundir con uno de esos energúmenos que abordan a los escritores en los cafés, como el anciano profesor de Historia y Geografía que terciaba en la conversación entre Juan de Mairena y Menéndez y Pelayo (véase apéndice II, "El caso Manrique", en la segunda de *Las semanas del jardín*), personaje al que pertenecen las palabras de la cita que encabeza este relato. No sé lo que pensaría en ese momento el autor de *La homilía del ratón* y lo que le bulliría en la cabeza sobre tan insólita forma de iniciar y de terminar un diálogo. Acabada su frugal merienda (se me olvidaba decir que era por la tarde), Ferlosio dejó caer en una papelera el trozo de cartón sobre el que se suele servir la pizza y se marchó. Yo permanecí algún rato más en el establecimiento, rumiando, más que bebiendo, lo que quedaba de la cerveza.

Muy equivocado estaba un amigo al que le comenté el suceso cuando me aconsejó que yo debía actuar de otra manera si quería hablar con Ferlosio, como haberme presentado e incluso haberle invitado a su consumición (;). Mi amigo no sabía que yo, en realidad, ya no quería mantener con el autor de *Personas y animales en una fiesta de bautizo* ningún tipo de conversación coherente y práctica: "¿Es que en esta vida nunca has iniciado algo -le dije- por el simple

capricho de iniciarlo, sin pensar en los resultados?". Tampoco parecía conocer mucho a Ferlosio, cuya forma de ser va más allá de los manoseados lugares comunes. Por eso escribe lo que escribe y como escribe: por ejemplo, aquel memorable artículo *La cultura, ese invento del gobierno*, cuando un incauto le propuso por carta muy frívolamente -y encima, tuteándole- hablar sobre cualquier cosa para una exposición de abanicos.

Yo provoqué en el "Wendy" de la calle Orense muy a sabiendas aquel conato de conversación -pues conversación no se le puede llamar-, conociendo como creo conocer las posibles reacciones del personaje en ese tipo de circunstancias: no me sorprendió su respuesta monosilábica, e incluso preferí que las cosas fueran por ese camino. Fue como un juego. Es más, confieso que actué así con una miaja de provocación. ¿O es que iba a ponerme profesional y utilitario, precisamente con Ferlosio, que abomina de todo eso, y sus razones tiene? ¿O es que iba yo a decir, tras dar un inconsciente y mecánico taconazo, como quien se pone firmes: "Don Rafael, permítame que me presente. Soy un admirador y estudioso de su obra... Ya en otra ocasión... Me llamo... trabajo en... ¿le importa que le invite?... Querría preguntarle...".

*A modo de epílogo.* Quizá todo sucedió así para que yo pudiera contarlo. He de añadir que si se produjera -lo que es una remota posibilidad- una entrevista, yo ya no sabría qué decir, puesto que todo está dicho y escrito. Además, y en vista de lo que ha pasado, sería una situación muy cortante.

Y lo más probable es que Ferlosio, si llega a leer esta historia algún día, diga: "¡Pero de dónde ha salido este tío...!".